

— Llevad esa capa y esa casaca á donde él las tiró, para que las encuentre en el mismo sitio. Excusaos con él, y ponedle en libertad. Cuidado que nada falte en los bolsillos de esta casaca; ni la cartera, ni la bolsa, ni el pañuelo. Conviene mucho que no conciba ninguna sospecha. De camino me traeréis mi casaca y mi capa que han quedado en el campo de batalla.

Maese Tapin hizo una profunda reverencia, y se retiró para cumplir las órdenes que acababa de recibir.

VII

La visita

La escena que acabamos de referir había tenido lugar, según ya hemos indicado, en la callejuela que daba bajo las ventanas de Elena; y como ésta, en medio de todas aquellas voces, creyera oír la del caballero, se dirigía inquieta á asomarse á la ventana, cuando se abrió la puerta de su habitación y entró la señora Desroches.

Venia á decir á Elena que tuviese la bondad de pasar al salón, porque había llegado la persona que debía visitarla.

Elena se estremeció, sintiéndose próxima á desmayarse. Quiso preguntar, pero le faltó la voz. Siguió, pues, silenciosa y temblando á la señora Desroches.

El salón en el cual la introdujo su conductora estaba á oscuras; se había tenido el cuidado de apagar todas las luces, y sólo la chimenea, en que aun brillaban restos de fuego, despedía sobre la alfombra un resplandor casi imperceptible. Sin

embargo, la señora Desroches tomó un jarro de agua y lo vertió sobre aquella llama moribunda, que apagándose de repente dejó la estancia en una completa oscuridad.

Entonces la Desroches, después de haber encargado á Elena que no tuviese miedo, se retiró.

Á los pocos momentos oyó la joven una voz que salía de detrás de aquella cuarta puerta que no se había aun abierto.

El sonido de esta voz la hizo estremecerse.

Con todo, y á pesar suyo, dió algunos pasos en dirección de la puerta y escuchó.

— ¿Está pronta? dijo la voz.

— Sí, monseñor.

— ¿Y por supuesto sola?

— Sí, monseñor.

— ¿Advertida de mi llegada?

— Sí, monseñor.

— ¿No seremos interrumpidos?

— No, monseñor.

— ¿Y no hay luz?

— La sala está en completa oscuridad.

Elena percibió pasos de personas que se acercaban; después éstas se pararon.

— Vamos, francamente, señora Desroches, volvió á decir la voz, ¿la encontráis tan hermosa como dicen?

— Más bella que lo que vuestra alteza puede figurarse.

— ¡Vuestra alteza! ¡Dios mío! ¿qué dice? murmuró la joven casi desfallecida.

En el mismo instante la puerta del aposento giró sobre sus dorados goznes: fuertes pisadas, aunque la mullida alfombra las apagaba un tanto, se oyeron en dirección de Elena, haciendo crujir el entarimado pavimento.

— Señorita, dijo la misma voz, tened la bondad de escucharme.

— Aquí estoy, balbuceó Elena medio desfallecida.

— ¿Estáis asustada?

— Confieso que sí... señor... ó... ¿cómo debo llamaros?

— Llamadme amigo mío.

En aquel momento su mano tropezó con la del desconocido.

Señora Desroches, ¿estáis ahí? exclamó Elena dando instintivamente dos pasos atrás.

— Señora Desroches, repuso la voz, decid á esta señorita que está aquí tan segura como en un templo delante de Dios.

— ¡Ah señor! estoy á vuestros pies, dijo Elena arrodillándose. ¡Perdonadme!

— Hija mía, levantaos y sentaos aquí. Señora Desroches, cerrad todas las puertas; y ahora, continuó el desconocido dirigiéndose á Elena, os ruego que me deis la mano.

La joven extendió su mano, que encontró por segunda vez la del personaje misterioso.

— Me parece que él también tiembla, dijo para sí.

— Veamos, ¿qué tenéis? repuso el incógnito, ¿os causo miedo, hija mía?

— No, señor, respondió Elena; pero al estrechar vos mi mano, una sensación extraña, un estremecimiento inexplicable....

— Habladme, Elena, dijo la voz con una expresión de infinita ternura; sé que sois hermosa, pero esta es la primera vez que oigo el sonido de vuestra voz; hablad, os escucho.

— ¿Me habiais visto en otra ocasión? preguntó Elena tímidamente.

— ¿Os acordáis que hace dos años se hizo vuestro retrato por orden de la abadesa de las Agustinas?

— Sí, me acuerdo; según me dijeron, fué expresamente un pintor de París para hacerlo.

— Yo fui quien envié ese pintor á Clissón.

— ¿Y ese retrato era para vos?

— Aquí está, respondió el desconocido, sacando del bolsillo una miniatura, que á pesar de no poder verse, hizo que Elena la tocase.

— Pero ¿qué interés podéis tener en mandar hacer y conservar el retrato de una pobre huérfana?

— Elena, repuso el desconocido después de un momento de silencio, yo soy el mejor amigo de vuestro padre.

— ¿De mi padre! exclamó Elena; ¿vive?

— Sí.

— ¿Y le volveré á ver?

— Será probable.

— ¡Oh! Dios os bendiga, repuso estrechando á su vez la mano del desconocido; bendiga el cielo al portador de tan buena noticia.

— ¡Querida niña! murmuró el desconocido.

— Pero si vive, continuó Elena con una ligera expresión de duda, ¿cómo ha tardado tanto en informarse de su hija?

— Tenía noticias vuestras todos los meses, y aunque desde lejos, velaba por vos, Elena.

— Y sin embargo, repuso ésta con acento de respetuosa reconvención, vos mismo confesáis que hace diez y seis años que no me ha visto.

— Creed que si no le hubieran detenido consideraciones de la más alta importancia, no se habría privado de esa dicha.

— Os creo, señor; no me toca á mí acusar á mi padre.

— No, pero os corresponde perdonarle si él se acusa á sí mismo.

— ¡Á mí perdonarle! exclamó Elena admirada.

— Sí, y ese perdón que no puede pedirlo en persona, querida hija, vengo yo á pedirlo en su nombre.

— Señor, dijo Elena, no os comprendo.

— Escuchadme, repuso el desconocido.

— Ya escucho.

— Pero, primero dadme vuestra mano.

— Aquí está.

Hubo un instante de silencio, como si el desconocido hubiese querido traer á la memoria pasados acontecimientos, y luego continuó :

— Vuestro padre ejercía un mando superior en los ejércitos del difunto rey en la batalla de Nerwinde, donde al dar una carga, uno de sus escuderos, llamado Chaverny, cayó á su lado atravesado de un balazo : vuestro padre quiso socorrerle, pero la herida era mortal, y el desgraciado escudero, á quien no se le ocultaba esta funesta circunstancia, le dijo sacudiendo la cabeza : « No es en mi en quien debéis pensar, sino en mi hija. » Vuestro padre le apretó la mano en señal de promesa, y el herido, que se había incorporado sobre las rodillas, cayó como si no hubiese aguardado para morir más que la seguridad de que á su hija le quedaba un protector. Me escucháis, Elena, ¿ no es verdad ?

— ¡ Oh ! ¿ podéis hacerme semejante pregunta ?

— En efecto, continuó el narrador, concluida la campaña, el primer cuidado de vuestro padre fué asegurar la suerte de la huerfanita. Era una hermosa niña de diez á once años, la cual en aquella edad prometía ser tan bella como vos lo sois ahora ; la muerte del señor de Chaverny, su padre, la dejó sin apoyo y sin recursos : el vuestro la puso en el convento de la Visitación de las damas del

arrabal de San Antonio, y anunció que á su tiempo él solo se encargaría de su dote.

— ¡ Gracias, Dios mío ! gracias por haberme dado un padre que tan bien sabe cumplir sus promesas.

— Esperad, Elena, repuso el desconocido ; porque llega el momento en que vuestro padre va á cesar de merecer vuestros elogios.

Elena guardó silencio, y el desconocido añadió :

— Vuestro padre cuidó, según había prometido, de la educación de la huérfana hasta que llegó á los diez y ocho años : era entonces una joven hermosa ; así las visitas de vuestro padre al convento eran más frecuentes y más largas que lo que convenía. Su pupila comenzaba á inspirarle amor. Al conocerlo, su primer movimiento fué de horror, porque pensaba en la promesa que había hecho al señor de Chaverny, herido y moribundo, y comprendía que mal cumpliría con ella si trataba de seducir á su hija. Para evitar que semejante pasión se aumentara, encargó á la superiora que se informase de algún partido conveniente para la señorita de Chaverny, y supo de ella que su sobrino, noble bretón, habiendo visto á la colegiala en una visita que hizo al convento, se enamoró y la manifestó el deseo de obtener su mano.....

— ¿ Y bien... señor?... preguntó Elena, viendo que el desconocido vacilaba en continuar.

— Grande fué la admiración de vuestro padre cuando supo de la misma boca de la superiora,

había respondido, que su más vivo deseo era permanecer en el convento donde se había criado, y que el día más feliz de su vida sería aquel en que pronunciara sus votos.

— ¿Amaba á otro? dijo Elena.

— Sí, hija mía, respondió el desconocido; lo habéis adivinado. ¡Ah! es imposible evitar lo que el destino tiene preparado. La señorita de Chaverny amaba á vuestro padre; por largo tiempo enterró aquel secreto en su corazón; pero un día que vuestro padre la rogaba que renunciase al singular proyecto de vivir siempre en el claustro, la pobre niña no pudo resistir por más tiempo, y lo confesó todo. Mi amigo, fuerte contra su amor, mientras no se creyó correspondido, sucumbió cuando supo que no necesitaba sino desear para conseguir. ¡Eran tan jóvenes los dos (vuestro padre apenas tenía veinticinco años, y la señorita Chaverny solo diez y ocho)!... que se olvidaron del mundo entero para no acordarse sino de que podían ser felices.

— Pero, supuesto que se amaban, preguntó Elena, ¿por qué no verificaban su enlace?

— Porque era imposible entre ellos, respondió el desconocido, á causa de la distancia que los separaba. ¿No os han dicho, Elena, que vuestro padre es un señor muy poderoso?

— ¡Ah! sí, respondió la joven; ya lo sé.

— Durante un año, continuó el desconocido, fué su dicha completa, y sobrepujó á sus esperanzas;

pero al fin del año, Elena, vos vinisteis al mundo y.....

— ¿Y qué? murmuró tímidamente Elena.

— Vuestro nacimiento costó la vida á vuestra madre.

Elena prorrumpió en lágrimas.

— Sí, añadió el desconocido con voz conmovida por sus recuerdos; llorad, Elena, llorad á vuestra madre, porque era una santa; y vuestro padre en medio de sus dolores, de sus placeres, de sus locuras tal vez, ha conservado un noble recuerdo de ella. En su consecuència puso en vos todo el amor que la tenía.

— Y sin embargo, dijo Elena con ligero acento de reconvención, mi padre ha querido vivir separado de mí; mi padre no me ha visto desde que nací.

— Elena, repuso el desconocido, en este punto perdonad á vuestro padre, pues no ha sido culpa suya: vos vinisteis al mundo en 1703, es decir, en la época más austera del reinado de Luis XIV: vuestro padre había caído en desgracia del rey, ó más bien en desgracia de la señora de Maintenón. Por vos más que por él tomó el partido de separaros de su lado. Os envió á Bretaña, y os confió á la buena madre Úrsula, superiora del convento donde os habéis educado. Por último, muerto el rey Luis XIV y habiendo mudado de aspecto las cosas en Francia, se ha decidido á traerlos á su lado. Por

lo demás, durante todo el camino habéis debido observar que su solicitud velaba por vos, y hoy mismo, cuando ha sabido que ibais á llegar por momentos á Rambouillet, no ha tenido paciencia para esperar á mañana y ha venido á recibirnos, Elena.

— ¡ Oh Dios mío ! exclamó la joven, ¡ será verdad !

— Y al volveros á ver, ó más bien al escucharos, ha creído oír la voz de vuestra madre. La misma edad, la misma pureza, el mismo acento : ¡ Elena, Elena ! ¡ ojalá seáis más dichosa que ella ! vuestro padre se lo pide al cielo con todo el fervor de su corazón.

— ¡ Dios mío ! volvió á decir Elena ; esa emoción en vuestra voz, esta mano que tiembla ; ¡ señor, señor ! ¿ decís que mi padre ha venido á recibirme ?

— Sí.

— ¿ Aquí, á Rambouillet ?

— Sí.

— ¿ Decís que su satisfacción ha sido grande al encontrarme ?

— ¡ Ah, sí, muy grande !

— Pero esa satisfacción no le ha bastado, ¿ no es cierto ? Ha querido hablarme, contarme él mismo la historia de mi nacimiento : ha querido que pudiera yo darle gracias por su amor, arrojarme á sus pies y pedirle su bendición. ¡ Oh !

exclamó Elena arrodillándose, á vuestros pies estoy, bendecidme, padre mío.

— ¡ Elena ! hija mía, querida hija, replicó el desconocido, ¡ oh ! no á mis pies, ven á mis brazos, á mis brazos.

— ¡ Oh ! ¡ padre mío, padre mío ! murmuró Elena.

— Y sin embargo, dijo el desconocido, no era esta mi intención al venir aquí : venía decidido á negarlo todo, á no darme á conocer á ti ; pero al sentirte á mi lado, al estrechar tu mano, al oír el dulce metal de tu voz, no he tenido fuerzas para ello. Pero, Elena, no me hagas arrepentir de mi debilidad, y que un eterno secreto.....

— Os lo juro por la memoria de mi madre.

— No deseo más, repuso el desconocido. Ahora escuchame, porque es preciso que te deje.

— ¡ Tan pronto, padre mío !

— Es indispensable.

— Mandad, padre mío, obedezco.

— Te quedarás aquí, Elena, no tratarás de saber quién soy, y esperarás mi vuelta.

— Y no tardaréis, ¿ no es verdad, padre mío ? Porque no debéis olvidar que estoy sola en el mundo.

— Volveré lo más pronto que me sea posible.

Y acercando por última vez sus labios á la frente de Elena, estampó en ella uno de esos besos suaves y castos que son tan dulces para el corazón de un

padre, como los besos del amor lo son para un amante.

El desconocido salió de la habitación.

Diez minutos después la señora Desroches entró con una bujía en la mano. Elena estaba postrada de hinojos y orando, con la cabeza apoyada en una silla. Alzó los ojos, y sin interrumpir su oración, hizo seña á la Desroches de que pusiese la luz sobre la chimenea. La señora Desroches obedeció y se retiró.

Elena permaneció inmóvil orando por algunos minutos todavía : después se levantó y miró á su alrededor, porque le parecía que despertaba de un sueño ; pero todos los objetos testigos de su entrevista con su padre estaban allí presentes. Aquella bujía solitaria que apenas alumbraba la estancia, aquellas dos sillas próximas la una á la otra, aquella puerta cerrada hasta entonces, y que había dejado abierta la señora Desroches al retirarse, y sobre todo, aquella profunda emoción que sentía, le hicieron comprender que no había sido un sueño, sino un acontecimiento importante y verdadero que debía formar época en su vida.

Después, en medio de todo, se presentaba á su mente el recuerdo de Gastón. Aquel padre á quien tanto temía ver ; aquel padre tan tierno y tan bueno ; aquel padre que había sentido también en su pecho una pasión profunda, pasión que tanto le había hecho sufrir, no se opondría ciertamente á su volun-

tad. Por otra parte Gastón, aunque no descendía de una raza histórica ni ilustre, era el último vástago de una de las familias más antiguas de Bretaña ; y sobre todo, ella amaba á Gastón tanto, que moriría si la separasen de él, y si su padre la amaba verdaderamente, su padre no querría su muerte.

No dejaría también de presentarse algún obstáculo por parte de Gastón ; pero no podía ser sino leve en comparación del que hubiera podido suscitarse por el padre de Elena : este obstáculo se allanaría, pues, como los demás, y el porvenir que los dos jóvenes habían visto tan sombrío, y que ya se presentaba para ella tan lleno de esperanzas, sería después para ambos un paraíso de amor y felicidad.

Elena se durmió con estos risueños pensamientos, y dulces ensueños se sucedieron á aquella satisfactoria velada.

Con respecto á Gastón, diremos, que puesto en libertad después de muchos cumplimientos y excusas por parte de los que le habían arrestado, y que pretextaron haberle tenido por otro, había ido lleno de ansiedad á recoger su capa y su casaca, que halló en el mismo lugar en que las dejara. En seguida corrió á la fonda del Tigre Real, se encerró en su cuarto, y abrió precipitadamente la cartera. Esta se hallaba en el mismo estado en que él la había dejado, enteramente intacta, y en la bolsa

halló la media moneda y el nombre y señas del capitán la *Jonquiere*.

Después, si no más alegre, al menos más tranquilo, y atribuyendo el acontecimiento de aquella noche á los mil accidentes que pueden suceder á un paseante nocturno, dió sus instrucciones á Ové para el día siguiente, y se acostó pronunciado el nombre de Elena, como ésta había pronunciado el suyo.

En aquel mismo instante, dos coches salían de la fonda del Tigre Real: en el primero, alumbrado con muchas luces y precedido de dos monteros á caballo, iban dos caballeros en traje de caza; el segundo, sin faroles y conduciendo á un incógnito viajero, seguía al anterior á doscientos pasos de distancia y sin perderle un momento de vista. Sólo al llegar á las puertas de París se separaron, y mientras el carruaje iluminado se detenía al pie de la escalera principal del Palacio Real, el coche sin faroles paraba delante de una pequeña puerta de la calle de Valois, ambos sin que les hubiese acontecido nada de particular.

VIII

En que prueba Dubois que su policía secreta era mucho mejor por quinientas mil libras, que la general del Estado costando tres millones

El duque de Orleáns, de cualquier modo que pasase sus noches, bien fuese en excursiones ó ya en orgías, en nada cambiaba el plan que tenía establecido. Las mañanas estaban dedicadas á los negocios, y éstos según su clase tenían su día de despacho determinado. Por lo común comenzaba á trabajar solo ó con Dubois antes de vestirse; luego hacía su tocador, que era corto, y durante el cual recibía á un reducido número de personas. En seguida daba audiencia hasta las once ó las doce; después eran admitidos los presidentes de los consejos: La Vrillère primero, luego Leblanc, que daba cuenta de todo su espionaje; Torey, que le llevaba las cartas importantes que había podido sustrear; y por último, el mariscal Villeroy, con quien, dice Saint-Simón, no trabajaba, pero lo aparentaba así. Á las dos y media le servían el chocolate, única cosa que tomaba por las mañanas á